



EL IDIOMA.



Pepito y Luis eran dos niños muy aplicados y sobre todo muy obedientes; por ninguna cosa de este mundo hubieran dejado de hacer puntualmente lo que su papá les mandaba, en lo cual obraban con gran juicio y discernimiento; pues es seguro que los padres no han de mandar á sus hijos hacer algo que no haya de redundar en bien y provecho de sus queridos niños. Natural era que su papá, á quien no daban ningun disgusto, los amara tan entrañablemente como puede amar un buen padre, y que en su educacion y cuidado tuviera puesto todo su esmero.

Como que todos los dias por mañana y tarde iban al colegio, asistencia que su papá les tenía muy recomendada, advirtiéndoles que en la instruccion y el estudio es donde el hombre ha de adquirir todas las virtudes que le hagan amable, y sobre todo el hábito del trabajo, que es la primera de todas ellas y la fuente de su bienestar y de su dicha; solamente los domingos y dias festivos eran para ellos de asueto y

distraccion, y si el tiempo convidaba á ello, su papá los sacaba por la tarde á pasear y corretear por el campo, entreteniéndoles tambien en conversaciones agradables, en las cuales procuraba presentarles ocasion de instruirse en algo que les pudiera servir de utilidad.

En una de aquellas tardes, que por cierto era del mes de Marzo, y precisamente el cumpleaños de Pepito, salieron los dos hermanos con su buen papá, muy contentos de poder disfrutar el apacible calor de un sol espléndido que derramaba la luz y la alegría en los campos, que ya empezaban á florecer con su dulce influjo. Gozo daba en aquella tarde serena y templada contemplar el purísimo azul del cielo despejado, los árboles, cuyas ramas empezaban á engalanarse con las primeras hojitas que brotaban sus yemas, y la extensa llanura alfombrada de verde yerba, entre lo cual ya asomaban algunas florecillas silvestres que embellecian más

su risueño aspecto. No podían los dos niños contener su satisfacción y su alegría al encontrarse ya fuera de la ciudad y teniendo á la vista el extenso horizonte y la dilatada campiña; sin poder contenerse saltaban de gozo al aspirar el aire fresco del campo y al abarcar con ansiosas miradas el anchuroso espacio que á sus ojos se extendía. Habían apenas traspuesto las últimas casas de la ciudad y entrado en un paseo que ofrecía á la vista dos largas calles de árboles, al través de los cuales iban á lanzarse á correr, cuando Luis se detuvo un momento y llamó la atención de Pepito sobre una persona que había excitado su curiosidad. Era un pobre hombre, miserablemente vestido que, recostado en uno de los árboles, alargaba el brazo izquierdo, sosteniendo en la mano un sombrero mugriento, mientras que con la derecha agitaba una campanilla de metal. Detuviéronse los dos niños sorprendidos, y volviéndose hácia su papá, que los seguía á corta distancia, Luisito le preguntó:

—Papá, ¿qué hace ahí ese pobre hombre tocando una campanilla al lado del camino?

—¡Ah! hijos míos, es un ser harto desgraciado: por el traje y por la actitud podéis conocer que es un mendigo que pide limosna á las personas sensibles que pasan.

—Bien, respondió Pepito, eso ya me lo he figurado yo. Pero ¿por qué motivo tiene la extraña ocurrencia de agitar esa campanilla en lugar de implorar como otros pobres la caridad de los que pasan, invocando el nombre de Dios?

—Eres un aturdido, hijo mío. ¿Pues no conoces que ese infeliz es mudo y

para llamar la atención, ya que no puede hablar, toca su campanilla?

—¡Qué lástima tan grande! dijo Pepito: si tú me lo permites, papá, voy á partir con él los cuartos que me habías dado para comprar naranjas y bollitos en celebración de ser mi cumpleaños.

—Es el mejor empleo que puedes dar á tu dinero, hijo mío; si lo que habías de gastar en una golosina, sin la cual puedes pasar, lo empleas en socorrer á ese infeliz, á quien probablemente faltará lo más necesario y que no contará más que con los dones de los caritativos transeuntes para proporcionarse el pan que ha de comer hoy, ganarás no sólo su reconocimiento sino también el de nuestro Padre Omnipotente, que dá á los ricos para proporcionarles el placer de socorrer á los pobres, que son también hijos suyos.

No esperó Pepito á oír más: metió la mano en su bolsillo, sacó los cuartos que le había regalado su papá y echó la mitad de ellos en el sombrero del pobre mudo.

—No se los doy todos, dijo, porque siendo mis días debo obsequiar á mi hermanito.

—Pues mira, contestó Luis, del mejor modo que puedes obsequiarme es dando á ese pobre los cuartos que para mí reservabas: no sabes cuánta envidia me causa el ver que tú has podido hacer esa buena obra y yo no puedo en este momento imitarla.

—¡Tanto mejor! dijo Pepito, pues toma, dáselos tú y así nos lo agradecerá por mitad. ¿No es así, papá?

—Efectivamente, hijos míos, nunca me he sentido más orgulloso de ser vuestro padre, contestó el buen caba-

llero, conmovido al presenciar tan sencilla emulacion.

El pobre mudo nada dijo; pero desde el fondo de su corazon es seguro que bendijo á aquellos dos niños de tan nobles sentimientos.

No se habian estos apartado dos pasos del pobre mudo, cuando, olvidándose de corretear por el campo, se pusieron al lado de su papá impulsados por el vivo deseo de saber lo que no acertaban á explicarse, y Pepito, bajando la voz, le preguntó:

—Para que el pobre mudo no se aflija oyendo nuestra conversacion, dí-nos en voz baja por qué causa no puede hablar el infeliz.

—¡Qué corto de alcances eres!... interrumpió Luisito: cuando el pobre no puede hablar será porque no tenga lengua, ya por defecto natural, ya porque la haya perdido en alguna enfermedad ó se la hayan cortado.

El papá se echó á reir al oir esta inocente explicacion.

—No te rias, papá; si el mudo lo oye creerá que nos burlamos de su desgracia.

—Perded cuidado, hijos mios; aunque estamos tan cerca de él no lo oirá. Por lo demas, Luis está muy engañado al creer que la mudez de ese pobre depende de la falta de lengua ó enfermedad de ésta. Él tiene su lengua tan perfecta y sana como nosotros y tan expédita y libre como el que más: tampoco en la larinje, donde se forman los sonidos, tiene defecto alguno: sus labios, como habeis visto, son como los de todo el mundo, y presumo que tampoco le faltarán los dientes; que todos esos órganos, como sabeis, contribuyen á la modulacion de los diversos sonidos que forman las sílabas y las

palabras. Ese pobre no habla porque es sordo de nacimiento.

—Vaya, papá, te burlas de nosotros. ¿Con que no puede hablar porque es sordo? Eso es lo mismo que si se dijera que yo no habia de correr porque me faltaran los dedos de la mano derecha.

—Pues no es así, hijo mio, y tú te convencerás de que teniendo sanos y perfectos todos los órganos orales, un hombre no puede hablar, sin embargo, porque los sonidos no llegan jamás á su oido hiriendo su tímpano. Dime si no, Pepito, ¿por qué hablas tú y eres capaz de repetir cuantas palabras se pronuncien á tu lado?

—Porque... porque... yo no sé papá, porque tengo la facultad de hablar, y la lengua bien suelta, y la garganta sana y despejada.

—¿Eres capaz de repetir todo cuanto yo te diga?

—Ya lo creo, dime cualquier palabra por difícil que te parezca, verás si la repito.

—Pues bien, oye.

Y el buen padre gesticuló y movió los labios como si pronunciara algunas palabras. Pepito se quedó indeciso mirándole.

—Vamos, le preguntó su papá, ¿por qué no repites las palabras que he pronunciado?

—Si no has dicho nada, papá.

—Sí; he dicho cuatro palabras: repítelas.

—Si no las he oido, papá.

—Pues por esa misma razon no habla el mudo; como no oye ninguna de las palabras que se pronuncian, no puede repetir las.

—Sí, pero yo digo todo lo que quiero sin que ántes vayan apuntándomelo al oido.

—Estás en un grave error. De tantas palabras como sabes, cítame una siquiera que la sepas por propia inspiracion, sin haberla oido ni leído jamás. ¿Por qué aprenden á hablar los niños pequeñitos? Porque se les enseña á que pronuncien las palabras, porque en fuerza de oirlas repetir las van grabando en su memoria. ¿Crees tú que un niño que se educara entre mudos y nunca oyera hablar, hablaria él?

—Claro es que no, dijo Luisito, ¿de quién habia de aprender?

—Dime tú, Pepito, continuó el papá, ¿por qué hablas tú en castellano y no en frances?

—Vaya, porque soy español.

—Y cuando, andando el tiempo, en el colegio te enseñen gramática francesa y tú te apliques con asiduidad al estudio de esa lengua, ¿podrás hablar en frances?

—Me parece que sí.

—Y sin embargo no habrás dejado de ser español: ya ves como no consiste en que hayas nacido en España el que no sepas frances, consiste en que no te lo han enseñado. Ya ves como es imposible que un sordo de nacimiento aprenda á hablar, pues no se puede repetir aquello que no se oye.

—Sin embargo, yo he visto sordos que hablan... mira tú, la abuelita, sin ir más léjos, es sorda como una tapia, y ya ves si se explica con claridad.

—Porque perdió el oido hace pocos años á consecuencia de una enfermedad y cuando ya hacia muchísimos que hablaba perfectamente; á ménos de que no pierda por completo la memoria, no olvidará lo que aprendió hace tanto tiempo. Solamente los sordos de nacimiento son los que no ha-

blan, y por esa razon se les llama sordo-mudos.

—¿Qué desgracia tan grande la de esos infelices, papá!

—El reflexionar en su triste situacion os enseñará á apreciar lo inestimable de un don que recibísteis de la bondad infinita del Creador, y cuyo valor no podeis aquilatar porque no estais privados de él. Precisamente, hijos míos, el don de la palabra, que es el que distingue al hombre de los demás seres animados, es el más precioso de cuantos dones ha recibido de la munificencia divina. De poco aprovecharia al hombre la facultad de pensar y concebir ideas si no pudiera comunicarlás á sus semejantes. Por medio del idioma, las ideas y los conocimientos que adquiere por su esfuerzo individual, un hombre llega á ejercer dominio sobre sus semejantes, á quienes les comunica ya de palabra ya por escrito; y sólo de este modo puede concebirse el que la humanidad haya podido realizar tan colosales empresas, haya hecho tan grandes descubrimientos y haya elevado las ciencias al grado de relativa perfeccion en que hoy las conocemos, y que progresivamente crece de dia en dia, gracias á nuevos estudios y á nuevas inducciones. ¿Creeis vosotros que un hombre solo, por grande que fuera su inteligencia y por asídúo que fuera su estudio, habria conseguido averiguar y saber todos los secretos que hoy conocen las ciencias? No: el caudal de estos, que es inmenso, lo ha formado paulatinamente el concurso de todas las inteligencias y de todas las generaciones. Lo que unos sabios han llegado á descubrir han podido por medio del lenguaje comunicárselo al resto de la

humanidad: todos los conocimientos que hoy se poseen se transmitirán á la posteridad por medio de la escritura, es decir, por medio de los libros: el idioma es el hilo telegráfico que une y pone en comunicacion á las generaciones más distantes: por su medio, lo que supieron los sabios más antiguos, Moisés, Aristóteles, Galeno, Salomon, Licurgo y otros mil cuyos nombres podria citaros, ha llegado hasta nosotros y nos sirve de base para continuar el grandioso monumento de la civilizacion y de la ciencia, así como lo que nuestra generacion pueda descubrir y adelantar en ese camino servirá á los que han de vivir en el trascurso de los siglos para aumentar y perfeccionar el caudal de sus conocimientos. ¿Podria conseguirse nada de esto si no existieran los idiomas, si el hombre no estuviera dotado del don de la palabra, que es sin duda la palanca que Arquímedes buscaba para mover el globo terráqueo?

—Es verdad papá, y la prueba la experimentamos ahora mismo; pues si no tuviéramos unos y otros la facultad de entendernos por medio del lenguaje, no tendríamos mi hermanito y yo la satisfaccion de estar aprendiendo tan sábias instrucciones en las palabras que embelesados te escuchamos.

—Pues bien, hijos míos, dad gracias á Dios que tan inestimable beneficio nos ha concedido para glorificarle y comprender sus obras, y ahora aprovechad la tarde en jugar y distraeros, que la materia en que venimos ocupándonos es tan árdua y tan extensa, que requiere para tratarse muy someramente más espacio y más reposo del que ahora tenemos. Alguna tarde que tengais de asueto y no nos permita el mal tiempo dar estos paseos, yo os llamaré á mi despacho y os explicaré con más detenimiento, y teniendo á la vista otros objetos, la teoría de los idiomas en su relacion con las ciencias.

PEDRO DOMINGO MONTES.

UNA LECCION DE ASTRONOMÍA FÍSICA

EN ALTA MAR

(CONTINUACION)

III.

Proseguimos nuestra singladura, debajo del trópico de cáncer, con viento regular del E. S. E., alas y rastreras de aparejo por babor, y pequeñas ondulaciones causadas por la brisa de marejada. Y así anocheció Dios, con el cielo sereno y despejado, y el horizonte empolvado de una manera apenas perceptible.

Anotados ya los pormenores referidos, abandoné mi camarote y pasé á recibir órdenes del capitán, para seguir luego en mi puesto de guardia, cerca del timonel, donde me esperaba, como siempre, á estas horas, mi fiel y entretenida compañera.

La guardia-babor se habia retirado á descansar; apenas quedaban ya sobre cubierta alguno que otro pasa-

jero en pequeños grupos de tertulia con los marineros de vigilancia.

—¡Cuán solemnes y poéticas son, amados lectores, las horas que preceden á la noche! ¡en qué estado tan singular de expectacion se encuentra nuestro espíritu en esas horas! Si no temiera molestaros con las excesivas proporciones que vá tomando esta verídica narracion, yo os haria ver las singulares impresiones que se experimentan allí donde se contempla la naturaleza en toda su grandeza y esplendor; allí donde su silencio elocuente nos manda en alas de una ventolina embriagadora palabras misteriosas, que deben ser, sin duda, un eco de las proferidas en tierra por las personas mas queridas, pues hacen recordar al padre, á la madre, al amante, al hermano y al amigo; allí donde se ve á Dios frente á frente, sin los mezquinos estorbos que existen en nuestros pueblos y nuestras ciudades, limitando obstinadamente el campo de nuestra vision, que es capaz de traspasar el espacio y encontrar en sus límites al Eterno, dirigiendo su obra majestuosa y glorificándose en su Sér.

Pero no interrumpamos más el diálogo empezado, que por la actitud que veo en Guadalupe algo quiere preguntarme, al propio tiempo que examina con curiosidad la bóveda celeste.

Llego á su lado sin que apenas se aperciba de mi persona.

Pero esto no debe extrañarme al reconocer su carácter contemplativo; pues motivos existian en el cielo para tanta abstraccion.

En el horizonte, hácia el lugar donde el sol acababa de desaparecer, se distinguia una hermosa faja, exten-

dida en el sentido del plano de nuestra observacion, de un encarnado subido, que fué degenerando poco á poco en anaranjado y concluyendo por amarillo; sobre ella se divisaba otra de color verde-mar invariable, desvaneciéndose de un modo insensible y admirable á la vez en un fondo azul que se estendia por nuestro zénit, asentándose en el oriente, en un purpúreo y violado tan agradables, que sorprendí el rostro de mi amiga, transformado en una rosa de nuestros jardines, concediéndome con su sonrisa encantadora el hálito arrobador de la más lozana de las flores en una mañana de primavera:

—¡Qué hermoso es lo que contemplamos! exclamó lanzando un suspiro;—y prosiguió:—ahora conozco con cuánta razon decias há poco lo desgraciado que debe ser el descreido al observar con frio corazon tantas y tan variadas maravillas en este cielo que á nuestra vista se extiende...

Permanecemos largo rato silenciosos, observando con creciente avidez tan sublime espectáculo, hasta que terminó por completo el fenómeno; visto lo cual, me permití llamar su atencion, haciéndola ver que apenas se distinguia más que la vaga claridad que producen las estrellas, cuando no brilla en el cielo la poética lumbrera de la noche. Es decir: que habia desaparecido el *crepúsculo*, y despediamos la luz del sol hasta la primera claridad de la *aurora* del dia siguiente.

—Muy hermoso es el crepúsculo que acabamos de admirar, observó Guadalupe.

—Y no lo será ménos la aurora si mañana no cambian los horizontes, dije á mi vez.

—Pero, ¿á qué son debidos esos fenómenos que tanto me han encantado siempre que he tenido ocasion de observarlos?

—Esos fenómenos, querida mia, son debidos á la iluminacion de la masa de aire que, como te he dicho, rodea la tierra; aumentan la duracion del dia en más de dos horas, puesto que el menor de ellos, que se verifica en el ecuador durante los equinoccios, esto es, en los dias próximos al veintiuno de Marzo y veintitres de Setiembre, dura bastante más de una hora.

—De ese modo el crepúsculo...

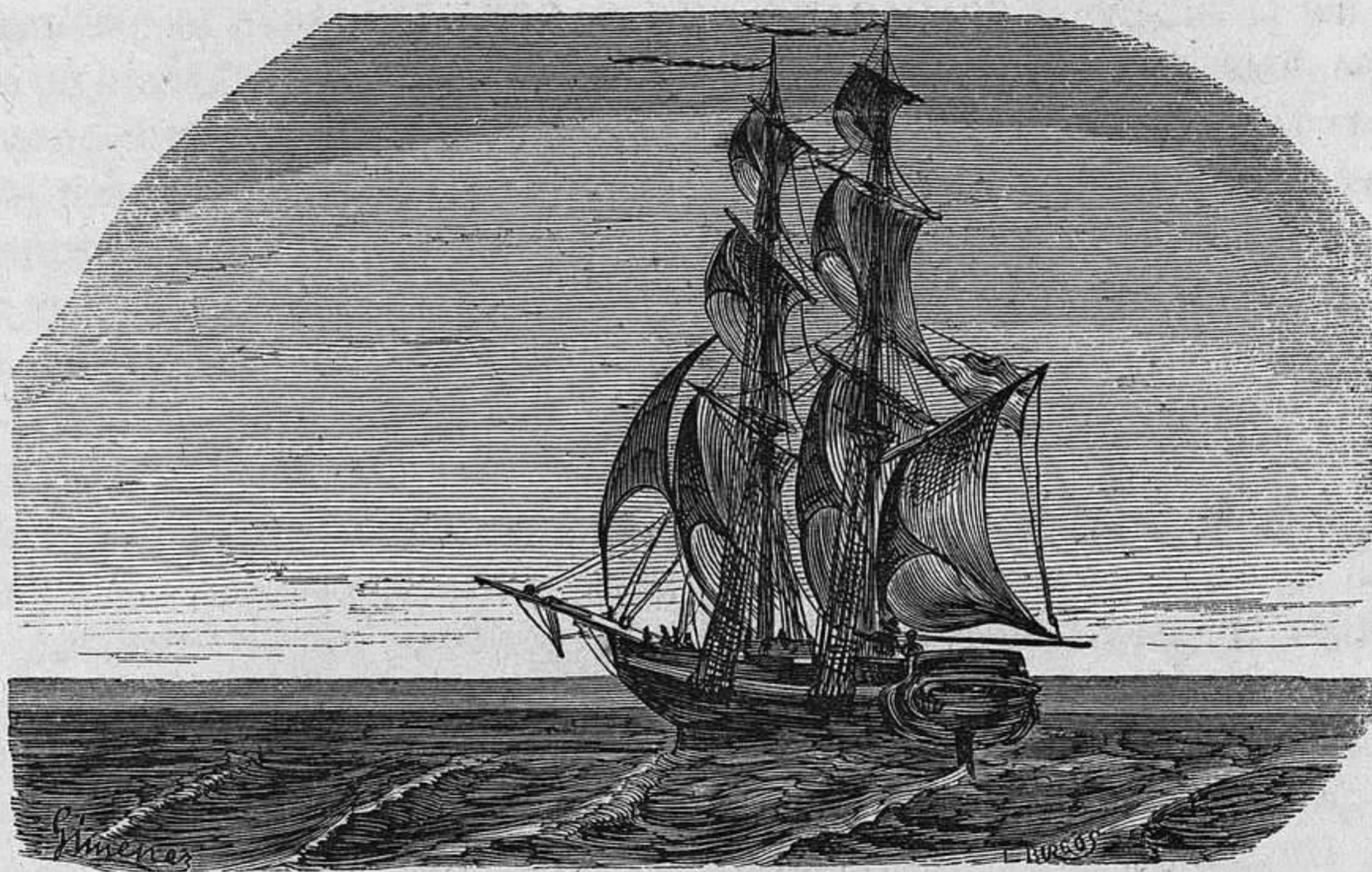
—Se llama, la interrumpí, á la claridad que persiste despues de ponerse

el sol, debilitándose por grados. — Y aurora, alba ó crepúsculo de la mañana á la claridad que le precede, aumentándose por grados hasta su salida.

—Bien, pero desapareciendo el sol, ¿no deben desaparecer tambien sus rayos? ¿Por qué, pues, continúa la claridad?

—Veo, Guadalupe de mi alma, que vas adquiriendo las cualidades de un consumado matemático, con tu *por qué* interminable; voy á contestar en pocas palabras á la pregunta que me acabas de hacer.

Los rayos solares, que se reflejan por la refraccion en nuestra at-



mósfera, para acercarse á nosotros ántes de alcanzarnos por la mañana y despues de separarse de nuestra vista por la tarde, pasan por encima de nuestras cabezas, reflejándose sobre las densas partículas del aire; y hé aquí que esta reflexion, cada vez más débil por la tarde y más intensa por la mañana, puesto que van siendo respectivamente cada vez menos y más

numerosos los rayos que alcanzan esas condiciones, produzca ese débil resplandor que toma el nombre genérico de crepúsculo;—¿te habrás convencido ya de la razon del fenómeno, curiosa mia?

—Me parece que sí, amable maestro, y su duracion ¿es la misma en toda la tierra?

—No, encantadora discípula; ni es

la misma para todos los lugares de la tierra, ni tampoco para un mismo punto de ella. Aumenta en razon directa de la latitud: es decir, que cuanto más al Norte caminemos en nuestro hemisferio, más duradero es el crepúsculo. En el ecuador es, con pequeñas diferencias, de una hora y doce minutos próximamente; y á medida que nos acerquemos al polo, estos resplandores se hacen tan duraderos, que ya en San Petersburgo puede leerse correctamente á media noche con el auxilio de su claridad. No ignorarás que bajo los círculos polares hay una no-

che de seis meses y un dia; pues bien, Dios ha hecho que los crepúsculos, juntamente con ese bonito fenómeno de las *auroras boreales*, suplan al astro del dia en aquella larga noche, para proporcionar de ese modo algun alivio á aquellos pobres y tristes habitantes.

—Todo eso es admirable, repuso, pero has dicho que tambien cambian los crepúsculos en un mismo lugar; y esto lo he notado yo, puesto que en el verano suele ser él más largo.

(Se concluirá.)



EL ESCAPARATE DE LA CONFITERÍA.



Esos dos pilletes serian capaces de comerse la confitería entera, pero les falta el elemento principal, que es el dinero.

Y verdaderamente, siendo unos pillastres y no queriendo trabajar, no es fácil que puedan regalarse nunca con los dulces que admiran, lo que no les sucederia si fuesen aplicados y aspirasen á tener una profesion con que ganarse la vida.



LA GUERRA INFANTIL

CONTADA POR UN VETERANO

(CONTINUACION)

¡Fuego! ¡Fuego! ¡Enrique! ¡Carlos!
Vamos, compañeros, que el enemigo
nos pisa los talones. *¡Fuego en toda la
línea!* En efecto, Francisco y los suyos

llegaban á la entrada del puente,
donde fueron recibidos con una espan-
tosa descarga de patatas y piñas. Apé-
nas Jorge y Roberto hubieron pasado



el puente, cuando se municionaron en
el monton formado por sus compañe-
ros y se unieron á ellos para destro-

zar al enemigo con sus disparos. Los
proyectiles llovian como granizo. Y
Francisco, el mismo general Francis-

co, se vió obligado á retroceder. Pero no era *hombre* que abandonase tan pronto la partida. Al pasar por el lado pantanoso de la pradera, á pesar de la velocidad de su carrera, habia reparado en unos ladrillos de barro que habian puesto á secar ántes de cocerlos. Al momento se le ocurrió que aquellos ladrillos podrian ser en sus manos armas terribles para contrarrestar las patatas podridas de que primero Carlos, y luego Jorge y todo su ejército habian hecho uso contra ellos.

Francisco emprendió, pues, una retirada falsa y dirigió sus tropas, que no sospechaban su proyecto, hácia el lado de los pantanos y los ladrillos de barro. Rodolfo decia en voz baja, que Francisco se retiraba con demasiada precipitacion. Alberto no estaba descontento de ver al general, que tanto le habia sermoneado á propósito del suceso de las patatas, obligado á retirarse á su vez, y Pablo casi sentia, al ver la poca fortuna de los suyos, no haber formado con su hermano Enrique en las filas del ejército contrario. Francisco se ocupaba poco de sus murmuraciones. Tenía su idea. En su frente se veia que allí habia un pensamiento trascendental. De cuando en cuando se volvía para ver si el enemigo, entusiasmado por su primera victoria, se decidia á perseguirle: esto era lo que esperaba. Hubiera querido arrastrarle lejos de su parque, fuera de sus posiciones, hacerle pasar el puente y atraerle al pantano, donde contaba con los ladrillos de barro para destruirle completamente. Una vez llegados al sitio que habia elegido para hacer de nuevo frente al enemigo (era una calzada estrecha donde no podia pasar más que uno de frente) el gene-

ral Francisco mandó tocar alto y media vuelta, y explicó á los suyos sus designios. Rodolfo y Alberto vieron entónces que se habian apresurado mucho á juzgar desfavorablemente á su jefe, y se prometieron no volver á dudar de su pericia, haciendo una gran provision de ladrillos. Una parte de lo que habia previsto Francisco, sucedió; Jorge y los suyos, creyendo que el pánico se habia apoderado del ejército enemigo salieron para darle alcance. Sin embargo, no dejaron de tomarse tiempo para llenar sus bolsillos de patatas en el monton ya muy mermado de Carlitos, que no pudo ménos al marchar de mirarlas con cierto sentimiento.

Si Jorge no hubiera escuchado más que á su valor, habria seguido á Francisco al pantano y le hubiera atacado en la posicion que habia escogido; pero cuando uno es general y responsable de la suerte de un gran ejército, es necesasio no ser sólo valeroso, se necesita ser tambien prudente y no prodigar sus soldados sin una necesidad absoluta. Así, pues, se detuvo ántes de entrar en el terreno pantanoso, poblado de ranas que, poco acostumbradas á aquel movimiento, no dejaban de gritar todo lo que podian cada vez que uno de nuestros guerreros pasaba á algunos pasos de ellas. Bien hizo Jorge en detenerse á tiempo. Francisco estaba preparado á recibirle, sus tropas se hallaban bien pertrechadas, y sabe Dios lo que hubiera sucedido en aquel combate, en una calzada tan estrecha, con un pantano lleno de juncos, de yerbas altas y de agujeros llenos de agua. Tal vez no hubiera podido salvarse ni un solo soldado.

VIII.

SE FORMA EL CUADRO.

Francisco deseaba que Jorge fuese á buscarle donde estaba; pero cuando vió que no podia contar con esto, tomó el partido de salir él mismo de su posición, con todas sus fuerzas, rodear el pantano y ofrecer á su enemigo una batalla en campo raso, sin ventaja en el terreno para uno ni para otro. La misma idea bullia desde dos horas ántes en las cabezas de ambos generales: el deseo de dar una *batalla campal*. Las emboscadas, las escaramuzas y los encuentros parciales les parecian ya indignos de ellos. La *batalla campal* habia llegado á ser su idea fija y el colmo de sus aspiraciones.

Cuando dos militares quieren exactamente lo mismo y andan cada uno la mitad del camino, es muy raro que dejen de encontrarse. El general Jorge adivinaba las intenciones del general Francisco, y al verle rodear el pantano, dejó él tambien su inmediacion y fué á tomar posición en medio de la parte de pradera que se hallaba á la orilla izquierda del riachuelo. En aquella situación tenía á su frente á Francisco y á su ejército, y á retaguardia el *Puente rústico*, al cual se habia acercado un poco para poder pasarlo en caso de necesidad y volver á sus anteriores posiciones, si el enemigo le obligaba á ello.

Jorge se decidió á no adelantar un paso más hácia Francisco. Dispuso su ejército en una sola línea, formando Enrique el centro, Roberto el ala derecha y Carlitos el ala izquierda. Él se dirigió *en persona* algunos pasos hácia adelante y esperó en esta disposición el ataque del enemigo.

No se hizo esperar mucho tiempo. Francisco desembocó en la pradera formando una línea perfectamente *perpendicular* al frente de batalla de Jorge y amenazando su centro. Para ofrecer ménos blanco á las balas y á la metralla, durante su marcha, Francisco, á la inversa que Jorge, habia dispuesto sus tropas con un solo hombre de frente, pero en *columna profunda* (tres hombres de profundidad.) Ya veis que á pesar de todo su talento, los dos generales no tenían las mismas ideas sobre el modo de ordenar sus fuerzas. Si llegais á ser militares, queridos lectores míos, vereis con frecuencia grandes discusiones sobre esto, y no pocas veces tendreis que ocuparos de las palabras *orden de batalla abierto* y *orden de batalla profundo*. Uno y otro tienen sus defensores: el general Francisco estaba por el *orden profundo*, y el general Jorge por el *abierto*. Cuando Francisco estuvo á tiro de fusil, Jorge mandó romper el fuego, despues de asegurarse de que sus soldados tenían las cartucheras llenas, es decir, los bolsillos atestados de patatas. Mandó al centro hacer fuegos directos apuntando á la altura de la cintura de un hombre, y á las dos alas fuegos oblicuos, de modo que fueran á batir los flancos de la columna del general Francisco. Al dar sus órdenes sólo una cosa inquietaba á Jorge; no podia explicarse qué era lo que daba al enemigo la audacia necesaria para atacarle sin tener proyectiles—porque él lo sabía, el enemigo habia agotado sus municiones; ¿dónde las habria encontrado?—Y sin embargo avanzaba tan rápidamente y en tan buen orden, que parecia estar lleno de confianza y resolución. ¿Habia recibí-

do algun *convoy*? ¿tenía algun arma desconocida y oculta que no pensaba descubrir hasta el momento decisivo? Jorge estaba preocupado: pensaba en los *cohetes á la Congreve*, en los *fuegos griegos*, en los *carros armados de hoces*, en los *elefantes que llevaban tor-*

res, en los *morteros*, en las *catapultas*, en todo lo más formidable que se ha inventado en los tiempos antiguos y modernos. Haciendo mil suposiciones y sin decir nada, miró con interes el efecto de su primera descarga.

Vió con dolor que su efecto habia



sido casi nulo y que no habia introducido ningun desorden en las filas del ejército enemigo. Pero ¿cuál fué su asombro cuando al recibir en la gorra, en el momento que ménos lo esperaba, un *proyectil* desconocido que le pareció caer del cielo, se sintió cubierto de polvo y tierra de piés á cabeza? Retrocedió un paso, y luego como los grandes corazones no pierden la firmeza, ni aún en las circunstancias más difíciles, se bajó para reconocer la naturaleza del proyectil que le habia alcanzado, y cuyos restos estaban en el suelo en derredor suyo. En el momento en

que tomaba un pedazo, se sintió herido de nuevo, pero entónces no en la cabeza. Desgraciadamente Jorge llevaba pantalon blanco (los ladrillos de barro y los pantalones blancos no son precisamente del mismo color) así es que el brillante uniforme del general en jefe se resintió mucho de aquel percance. Jorge, en medio de aquella metralla, olvidó su propio peligro no pensando más que en reconocer qué clase de balas usaba el enemigo, una de las cuales acababa de herirle traídoramente por detrás.

(Se continuará.)

LOS DOLORES DE MARÍA

En tus ojos que envidia la aurora
 Contemplo, señora,
 Tu inmenso dolor;
 Y al sentir que tu espíritu gime,
 Mi pecho se oprime,
 Muriendo de amor.

Ellos dicen que en rudo madero,
 Cual manso cordero
 Tu bien morirá:
 No lamentes la fiel profecía,
 Pues tal agonía
 Su gloria será.

Con tu infante en el seno encubierto,
 Por vasto desierto
 Te lleva José:
 Nada temas de Herodes tirano:
 Su enojo inhumano
 Tu huella no ve.

En Salem á tu amado perdiste;
 Y tú, madre triste,
 Suspiras por él.
 Torna al templo: verásle triunfando,
 Y al pueblo enseñando
 La ley de Israel.

¿No le ves con la cruz afrentosa?
 La turba gozosa
 Le befa al pasar.
 Deja, oh madre, que cruce esa vía:
 Por ella nos guía
 Su triunfo á gozar.

Si entre mofa y escarnio insolente,
 Del leño pendiente
 Jesús espiró,
 Ve que en él, á su influjo sagrado,
 La muerte ha cesado,
 La vida brotó.

Ya bajaron al Dios Nazareno:
 Ya vuelve á tu seno
 Que sientes morir:
 Hoy tu llanto de amor congojoso,
 Cual óleo precioso,
 Su cuerpo ha de unjir.

¡Sola estás! ¿quién comprende tu pena?
 La tierra está llena
 Cual tú de pesar;
 Y al rigor de tu duelo angustiada,
 De duelo embargada,
 No sabe llorar.

Esa historia de afanes sin nombre,
 Por culpas del hombre
 Que da mal por bien,
 Van diciendo tus lánguidos ojos
 Que mústios y rojos
 De llanto se ven

¡Yo á tu planta me postro, María!
 ¡Concédeme pía
 Que en ti viva yo!
 ¡Haz que pura tu lágrima ardiente
 Bautice mi frente
 Que el mal empañó!

ANTONIO ARNAO.



AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS

Para ser sabio, el hombre necesitará aprender todos los libros. Para ser virtuoso le basta con uno. el Evangelio.

Los grandes y profundos que sean los conocimientos de un hombre, es de menor peso en el libro que menos valga a sus ojos, alguna cosa que le enseñe algo que ignora.

La modestia no es otra cosa que el orgullo vestido de máscara.

Todos los sabios de la tierra han necesitado llevar las Bibliotecas del orbe con los productos de su ingenio, para que la humanidad haya dado algunos pasos en la senda de la civilización. Por eso cuando para llevar a cabo la revolución amor colonial el barón de los señores, me necesitó más que de palabras. "No quieras para otro lo que me quieres para ti."

Luis de Larra

El nombre de Larra es popularísimo en España. Llevóle uno de los más elegantes, castizos y profundos escritores, un crítico eminente, un hombre, en fin, de un talento maravilloso; aquel peregrino ingenio desapareció

del mundo prematura y desastrosamente, pero dejó quien siguiera honrando tan esclarecido nombre. D. Luis Mariano de Larra, autor de la página autógrafa que hoy publicamos, es hijo de aquel eminente escritor, y por su talento y su laboriosidad ocupa un distinguido lugar entre los cultivadores de las letras castellanas.

El Sr. Larra se ha consagrado especialmente al teatro, y lleva escritas muchas obras de notable mérito, con gran conocimiento de la escena y de las costumbres. *La oracion de la tarde, Bienaventurados los que lloran, En palacio y en la calle, Los lazos de la familia, La agonía, La pluma y la espada,* y otras muchas que fuera prolijo citar, han merecido unánime

aplauzo y enriquecido el repertorio del Teatro español.

Cultiva el Sr. Larra todos los géneros, pero en el que nos parece siempre más acertado es en la comedia anecdótica y en el drama, sin que por esto se diga que sus obras de otro género no son estimables y de mérito.

Es buen poeta y sabe sacar mucho partido de la versificación para el mejor éxito de sus obras.

Tambien ha escrito bastantes poesías sueltas y alguna novela.

En suma, el Sr. Larra es digno vástago de aquel génio que ocupó, sin que nadie pudiera disputárselo, un primer lugar entre nuestras eminencias literarias, y que tan prematuramente bajó al sepulcro.

LA CULEBRA Y LA ANGUILA



(FÁBULA)

Pescando con la caña
La linda Alfesibéa,
Saca una anguila, y huye,
Creyéndola culebra.

Florinda, al lado suyo,
Una serpiente pesca,
Y creyéndola anguila,
Muere, picada de ella,

A mirar bien las cosas
La fabulilla enseña,
A fin de no engañarnos
Con falsas apariencias.

En tanto, entre dos yerros,
O en duda grave, extrema,
Más vale huir anguilas
Que acariciar culebras.

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.



HACIENDO NOVILLOS.



Hé aquí una escena que se ve todos los días. Una pobre mujer del pueblo, afanosa de que su hijo sepa y pueda ser útil, le envía á la escuela, pero él se vá con los pilletes de la calle á lo que se llama hacer novillos. En una de sus correrías le encuentra la buena madre, y cogiéndole de una oreja se le lleva á casa; mientras, otros chicos, que iban con él, emprenden una atroz cachetina por si fué uno ó por si fué otro el que ántes vió un ochavo moruno en el suelo.

Los chicos que se acostumbran á faltar á la escuela, á la holganza y á las malas compañías, van por el camino derecho que conduce á presidio.

ADVERTENCIA.—Lo que peor efecto nos hace es ver erratas en las columnas de Los Niños, y hemos de poner todo nuestro cuidado, y suplicamos á los señores cajistas que lo pongan tambien por su parte, para evitarlas en lo sucesivo. En el último número hay *arrollo* por *arroyo*, en *La Guerra infantil*, y en la poesía *Dolores y gozos* se ha puesto *Apenas* en lugar de *Apena*. Otras hay en los números anteriores, que el buen sentido de nuestros lectores habrá corregido; todas se rectificarán al finalizar el tomo.